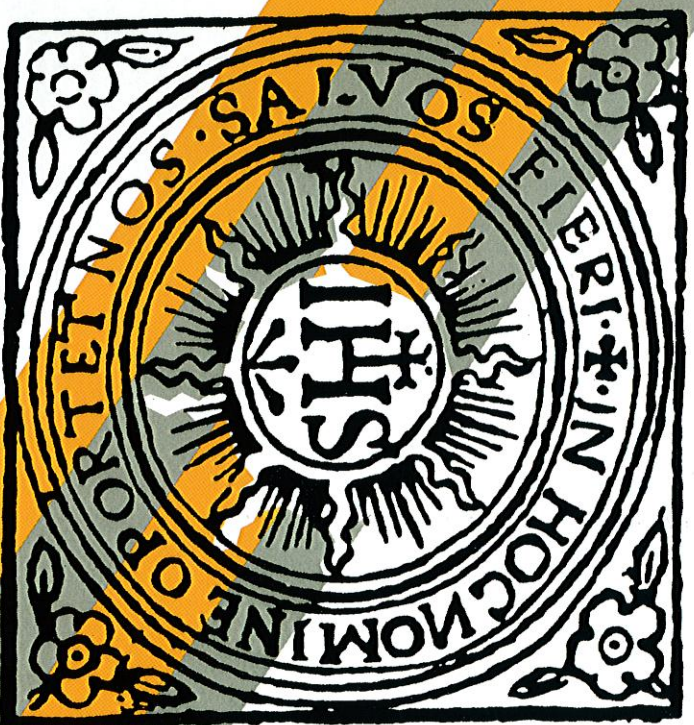


DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA
Grupo de Espiritualidad
Ignaciana (GEI)

DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA

38



G-Z

ME

FOTOGRAFIA

5-24

RAE

Grupo de Espiritualidad Ignaciana
(GEI)

**DICCIONARIO
DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA
(G-Z)**

Director

José García de Castro

Editores

Pascual Cebollada

J. Carlos Coupeau

Javier Melloni

Diego M. Molina

Rossano Zas Friz

Ediciones



Mensajero



Sal Terrae

Interesa la totalidad ("para que todas"). Esa totalidad es un referente en el vocabulario ignaciano: "todas mis cosas y a mí mismo con ellas; todo mi haber y poseer, todo es vuestro; en todo amar y servir; quitando todo impedimento; todo aumento de fe; tenga en todo quitada...". Que "mis intenciones sean puramente ordenadas..." resume la dinámica de la primera parte del Principio y Fundamento. Lo nuevo que hay aquí es que presenta nuestro yo dentro de un proceso llamado a orientarse precisamente en esa dinámica. Y que va a ir renovándose cada vez que la persona se dispone para acercarse a Dios.

"Mis intenciones" son ese manojito de posibilidades, que constituyen nuestros proyectos. Se trata evidentemente de algo futuro, que aún no dominamos; de ahí que necesitamos tenerlo ordenado. Ignacio hablará de la intención de Cristo y de Lucifer, en las Dos Banderas y dentro del tema de la elección. En el Preámbulo para hacer elección [Ej 169], documento que tiene un parecido fuerte con el Principio y Fundamento, dirá que "el ojo de la intención debe ser simple...", ordenado, "para alabanza...".

Mis "acciones" son nuestro mundo presente, lo que estamos llevando a cabo: algo que necesitamos ir poniendo en contacto con la realidad. Lo que se pide es que no haya desnivel entre mis intenciones y la realidad que toco, es decir, que la realidad no se vea desbordada por mis intenciones inconscientes. Esto es importante, dado que no son únicamente las conscientes las que me pueden desbordar:

Y, por último, mis *operaciones*, nuestro mundo interior, donde se fraga nuestra personalidad. Que nuestros recuerdos, nuestros razo-

namientos y decisiones, nuestras fantasías incluso, se orienten hacia ese Principio y Fundamento con el que necesitamos vivir. Y es que en esas operaciones es donde se va estructurando nuestra persona. Hay muchas "intenciones" que no llegan a realizarse.

Esta o, que reiteradamente Ignacio pone en boca del ejercitante pide que no sólo nuestras intenciones, punto de arranque de nuestra responsabilidad moral y nuestras acciones, todo lo que hemos llevado a cabo, sino también nuestras operaciones, todo nuestro mundo interior, esté ordenado, puramente ordenado, hacia ese fin, ese "para" del Principio y Fundamento.

Carlos GARCÍA HIRSCHFELD, SJ

↗ *Contemplatio in la acción, Intención, Meditación, Preámbulos, Principio y Fundamento, Pura y pura Solitudo, Operaciones, Oración, Todo.*

Bibli: LERANK, A., "Oração preparatoria e preámbulos", *Itici* 24 (1996) 43-48; MANNESA, F., *Andando siempre a buscar lo que quiero*, Eides, Barcelona; SAMPAIO A., *Los tiempos de elección en los Directorios de Ejercicios*, M-ST, Bilbao-Santander 2004; THO DE PO, S., *Partir lo que quiero*, Eides, Barcelona 2003.

ORDEN/DESORDEN

1. El "orden" como horizonte ignaciano. En los textos ignacianos, la palabra "orden" aparece mucho más frecuentemente que la palabra "desorden"; en la *Concordancia Ignaciana* (1996) "desorden" aparece cinco veces y el verbo "desordenar" en veinte ocasiones; pero "ordenar" aparecen seis veces más. Y aunque o. tiene diversas acepciones en S. Ignacio, el d. se ha de entender siempre en relación a esos

significados de o., de modo análogo a como la desolación se ha de entender como "todo el contrario" de la consolación [Ej 317].

El o., en la perspectiva ignaciana, constituye ante todo un horizonte deseable, un ideal al que tender, la referencia a un estado definitivo; porque es expresión del proyecto o plan de Dios, que refleja incluso algo de la vida intratrinitaria [De 33], algo parcialmente participado por el mismo ser humano, en cuanto es capaz de sentir o de obrar ordenadamente. Pero es cierto también que el o. forma parte de la colaboración humana en este plan de Dios, al que se acomoda o tiende ordenándose o poniendo medios ordenados para ello.

Las palabras "orden-ordenar", tienen en los escritos ignacianos varios sentidos como, por ejemplo, las "órdenes sagradas" [Co 45,112,365] o una "Orden religiosa" [Au 45]. Otro significado de la palabra o. en el que aquí tampoco podemos detenernos, es el de "mandato o permiso de los superiores legítimos; expresión de autoridad, así como la delegación del superior legítimo en otro subordinado, mandatos que se deben fiel y literalmente, o bien acomodar oportunamente" (cf. [Ej 244; Co 140,232,241,304,321,342,343,356,418,424,434,526,528,583,584,603,673,675,693,700,796,807]). En todo caso, S. Ignacio someterá a un o. de otro nivel este mismo dar órdenes u ordenar, indicando que "el mandar sea bien mirado y ordenado", reflejando "amor y modestia y caridad", de modo que suscite en quien obedece más amor que temor [Co 667].

Quizá las referencias más numerosas de esta palabra son las que se refieren al o. u "organización externa", indicando simplemente la estructura de un escrito como las

Constituciones [Co 136] o el más amplio "orden y concierto" de las cosas [Ej 214; Co 453,700]; significará también procedimiento que se establece, por ejemplo, en el examen de los candidatos [Co 33,72], para la congregación general [Co 700,713,724], el modo de dar cuenta de conciencia a los jesuitas en formación [Co 95]. Se trata de un o. organizativo, como la distribución horaria de los diversos actos de un colegio [Co 295,453,454,455,463], o a los planes y materias del estudio [Co 366,453]. El verbo "ordenar" tiene muy frecuentemente este mismo significado de organización externa (poner horario o distribución), pero también se alude a un sentido más interno, como son las cosas espirituales ordenadas, cosas guiadas y ordenadas, proceder ordenadamente. Esta referencia inicial al o. externo adquiere en los *Ejercicios* un sentido fuerte, el del "modo y orden" de proceder en los diversos ejercicios, no sólo como procedimiento estipulado, sino también en cuanto método externo que obedece a un pensado sentido interno (cf. [Ej 2,18,20,43,119,128,244,246,247,260]); también ese significado se emplea en las *Constituciones* cuando se alude al o. en las propias devociones y mortificaciones [Co 362], o al o. de vivir [Co 602].

Por otra parte, el sustantivo "orden" aparece pocas veces con el significado profundo de plan o proyecto de Dios [Co 136,814], de "ordenación divina" [Ej 234], que sería el marco necesario para entender o discernir adecuadamente los acontecimientos de la vida, y también un criterio para la decisión libre del actuar humano. Pero este sentido subyace en toda la visión ignaciana, pues S. Ignacio entiende que "Dios N. S. tiene puesto orden, peso y medida en todas las cosas", incluso las

más incomprensibles humanamente, como es el sufrimiento de las personas buenas, aunque a veces se escape al inmediato entender humano [Epp I, 93-99]. Conforme a este significado profundo, las diversas formas del verbo "ordenar" aparecen, sobre todo en *Ejercicios*, para evidenciar el d. respecto a ese plan de Dios, como puede ser en las ocupaciones o "negocios" no bien ordenados" [Ej 20]; y para indicar el cierto esfuerzo que el ejercitante debe hacer para ordenarse conforme a la razón y al sentido cristiano de las cosas, por ejemplo en la comida u otros apetitos naturales [Ej 210], o que su discurso verbal se encamine a provecho propio o ajeno [Ej 40]. San Ignacio entiende que cada persona puede decidir ordenarse en muchos ámbitos y, últimamente, ordenar su opción de vida [Ej 174], de forma que todas las concreciones, los "medios" que dice Ignacio, vayan ordenadas al fin último de su vida, más bien que manipulando este fin, subordine éste al medio al que está inclinado y afectado [Ej 169]. De modo que "ordenar" acaba siendo tanto una decisión libre humana como, a la vez (en esta forma tan típica de la concepción ignaciana de naturaleza y gracia), un don gratitativamente recibido de Dios, a quien se pide a lo largo de todos los Ejercicios esta gracia [Ej 46-63], pues en definitiva El es quien puede ordenar toda afectación desordenada [Ej 16].

De esta manera pueden ser ordenados (o desordenados) los deseos, las intenciones, las operaciones, las afectaciones, la elección, los actos de las personas, su vida toda; y por eso la acción de ordenar, ordenarse o ser ordenado se refiere muy frecuentemente al mundo interior de las personas. La misma Trinidad aparece a los ojos de Ignacio orde-

nada en sus relaciones entre las personas divinas [De 33], de modo que el "ordenar" Dios alguna cosa puede significar a la vez para Ignacio que lo manda y que lo configura más conforme a su plan [De 185]. De ahí el deseo ignaciano de ordenarse y acomodarse a ese o. divino, que por un lado es un horizonte o un ideal divino, y a la vez es colaboración humana con aquel proyecto. Pero se trata de un esfuerzo con fruto, pues existen muchas realidades humanas que están ordenadas, al menos en un grado muy significativo, y se muestra en la caridad ordenada (cf. [Co 237-61, 116-132], en comportamientos apropiados al llamamiento vocacional [Co 116-117], en instituciones ordenadas para ayudar a las almas, como es la Compañía [Co 156-258]; y, en definitiva, en el fondo del corazón humano, capaz muchas veces de comportamientos, imágenes y sentimientos bien ordenados en servicio y alabanza divina que le pueden producir consolación [Ej 316] en la oración o fuera de ella.

2. *Un desorden conatural y engañoso.* "Desorden-desordenar" aparece dieciséis veces en los *Ejercicios* en doce números [Ej 1, 16-21, 63, 157, 169, 172, 179, 210, 212, 217-342], seis veces en las *Constituciones* [Co 54, 62, 250, 254, 671], dos veces en el *Diario espiritual* [De 114, 119] y una en las deliberaciones (L2, 1); también aparece en algunas cartas o instrucciones. En cualquiera de los textos esta palabra tiene sus acepciones, generalmente contrapuestas a los significados que hemos visto en "orden-ordenar", y que recogemos a continuación.

En el epistolario S. Ignacio utiliza a veces la expresión "desorden" para aludir a alguna falta de o. en cuanto organización, regla o modo adecuado, sea eclesial o social; y, conforme a esto, habla de

monasterios desordenados [Epp I, 383s], de obispados mal regidos y llenos de d. por el mal ejemplo de sus prelados [Epp VII, 264], del d. que hubo en una ciudad [Epp XI, 6] o, genéricamente, de confusión y d. [Epp I, 555; X, 663]; y también piensa en la utilidad o conveniencia de los superiores para quitar la confusión y el d. y bien regir la sociedad [Epp XII, 332]. En estos casos se constata directamente la falta objetiva de o. conveniente, aunque se alude indirectamente a alguna responsabilidad por el desorden personal de alguna persona, que está produciendo o permitiendo tales situaciones.

Los principales textos ignacianos parecen, pues, aludir a este d. personal, aunque Ignacio no parece referirse con esta palabra al pecado libre y consciente. Ciertamente, existe un o. cósmico querido por el Creador y, por eso, se pide un correspondiente sometimiento creatural a ese proyecto divino; pero en los textos no se llama d. a la desobediencia libre de los ángeles o de los humanos, ni la palabra "desorden" se aplica al pecado abierto y patente que se media y revisa en los exámenes y en los dos primeros ejercicios de la Primera Semana [Ej 24-61]. Más bien se habla de d. en otro tipo de situaciones, donde la libertad es muy condicionada, por ejemplo en el arrebató de la "ira desordenada" de los padres que faltan al quinto mandamiento por castigo desmedido sobre los hijos; o en la agresión física a dos compañeros de comunidad [Epp XI, 179]. En los novicios o estudiantes jesuitas se puede encontrar un d. que merezca corrección o expulsión; se habla a veces de un d. que el destinatario de la carta conocía [Epp II, 11; V, 698; VI, 166; X, 56]; se alude al d. como singularidad que afecta al bien

común [Epp VIII, 558], o al desordenado deseo de riquezas temporales [Epp XII, 672]. Pueden ser situaciones relevantes desde el punto de vista objetivo o comunitario, pero moralmente menos graves por las circunstancias que afectan a su materia, intencionalidad, advertencia o libertad.

Vemos que en el libro de los *Ejercicios* el sustantivo "desorden" no se aplica al pecado, sino a otras dos situaciones: el d. de las operaciones [Ej 63] y el d. en el comer [Ej 212-217]. El verbo "desordenar" (desordenado/a) tampoco parece que se refiera al pecado, sino a este mismo d. entendido como afectación desordenada [Ej 157-169, 172-179], al d. en el comer [Ej 212, 217] y al eventual d. al ejercitar el ministerio eclesástico de dar limosna [Ej 342]. En este sentido se alude al "desorden" al esbozar el proceso entero de los *Ejercicios* [Ej 1-21], y al señalar una de las maneras de luchar contra el afecto desordenado [Ej 16]. De modo que en el libro de los *Ejercicios* parece que la palabra d. se vincula principalmente a procesos del sujeto de Segunda Semana, y no de Primera: un d. distinguido del pecado, quizá por tratarse de materia "más sutil y más subida", que precisa más finura de discernimiento, el propio de las reglas de Segunda Semana [Ej 9-10, 328].

El desorden de las personas se evidencia en diversas manifestaciones externas; pero, sabiendo que lo exterior del hombre refleja su interior [Co 62, 134-250, 349, 671; Au 10], Ignacio encuentra que la predisposición ante Dios, incluso la ordenación de un buen creyente, no suele ser plenamente indiferente, ya que éste se implica en "muchos negocios no bien ordenados" [Ej 20]. El Principio y Fundamento [Ej 23], que parece conceptualmente lógico,

no es nada fácil de realizar en la práctica, aplicando el o. del tanto-cuanto; por el contrario, más bien parece haber una innata predisposición humana a resistirse al proyecto divino de realización humana ("salvar su ánima") mediante el descen-tramiento en alabanza y servicio. De modo que para S. Ignacio, aun después de la más auténtica conversión en la Primera Semana y del recorrido completo por la Segunda Semana, el ejercitante se mantendrá inclinado a vivir según la ley del "propio amor querer e interés" [Ej 189], por lo cual se le invita a reac-cionar continuamente a esa tenden-cia centripeta tan conatural, a salir de sí. Esta predisposición o inclinación espontánea al egoísmo fue llama-da "concupiscencia" por el concilio de Trento, y es un concepto que, aunque literalmente no es utilizado por S. Ignacio en los *Ejercicios*, las *Constituciones*, el *Diario* ni la *Autobiografía*, parece subyacer en el "desorden de las operaciones" [Ej 63; cf. 46].

Y es que el sujeto humano está predispuesto al egocentrismo antes de llegar a su decisión libre, la cual puede cambiar esa inclinación inicial; y se reconoce a veces desordenado en sus proyectos e intenciones, otras en sus realizaciones y actuaciones externas. Pero también en otro nivel antropológico que ofrece un mayor condicionamiento a su libertad y que por eso resulta una verdadera pre-disposición inadvertida al d. presente: en algunas de sus operaciones mentales y afectivas. Y, conforme a esto, el ser humano percibe y siente, razona y discurre, delibera y proyecta, elige y ejecuta con el sobrepeso o inclinación sesgada de su propio egoísmo. Forman parte de este d. de las operaciones los recuerdos latentes y la memoria afec-

tiva, la historia personal que tanto condiciona, la repetición de automatismos mentales y afectivos que fueron aprendidos y han quedado fijados, casi automáticamente operativos según una dirección habitual y que es desordenada. Es un mundo en buena parte subconsciente, ciertamente configurado desde el interior del sujeto, pero también muy condicionado desde fuera a través de la sutil transmisión social de valores y comportamientos que se ofrecen como verdad, aunque sean inconsistentes y "vanos".

Este d. constitutivo del ser humano y apropiamente previo al pecado, no desaparece al pasar de la Primera a las siguientes Semanas de *Ejercicios*, sino que permanece en el "sujeto" de Segunda Semana. Éste es fiel a su intención de seguir al Señor, pero sigue naturalmente habitado por sus apetitos, afectos y pasiones, que pueden influir en sus operaciones de percibir y razonar, de sentir y decidir. Y como persona que progresa en el camino espiritual podrá ser engañado (por el mal espíritu, por el "d. de sus operaciones") en sus decisiones y acciones concretas; pues será tentado bajo especie de bien [Ej 10]. El d., pues, se encuentra sobre todo en situaciones de personas que van "intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo" [Ej 315], como son religiosos en formación, religiosas esforzadas [Epp I, 732ss], cualquier ejercitante "que en todo lo posible desea aprovechar" [Ej 20], el que en Segunda Semana debe elegir o trabajar en un ministerio apostólico al servicio de los demás. Recordemos que la afectación desordenada aparece especialmente en la situación de elección, en cuanto afecto que inclina la razón y la deci-

sión en la dirección engañada; este tipo de personas "no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus acciones desordenadas", según la huida y cruda expresión ignaciana [Ej 169].

Por eso en Tercera Semana sigue planteado y no resuelto definitivamente el tema del d. en el sentido de que no ha desaparecido, ni puede desaparecer en esta vida, su fuente antropológica: "porque todo esto, o parte de ello, que no viniese, nunca lo alcanzó ni S. Pedro ni S. Pablo" [Epp I, 107-109]. En las Reglas para ordenarse en el Comer [Ej 210-217] se ofrece una pedagogía para ordenarse, pero también una evidencia previa: el mundo de los apetitos naturales está siempre ahí, y forma parte de lo "no elegible" ni prescindible por parte humana, sino de lo que se debe asumir e integrar; y por lo tanto no se puede ordenar mediante la renuncia, sino mediante la lucha espiritual continua. En la pedagogía de estas reglas ignacianas se plantean cuatro frentes, que pueden entenderse también como fases sucesivas, para la educación de todo apetito: la ascesis o abstinencia equilibrada del tanto cuanto ("lo que hace provecho" [Ej 211]), la penitencia esforzada para alcanzar el medio ("cuanto más hombre quitare de lo conveniente" [Ej 213]), la mística contemplación e imitación de Cristo ("como que ve a Cristo [...] y procure de imitarle" [Ej 214]), y el uso de la razón aplicada a la tendencia ("ser señor de sí" [Ej 216]).

De modo que el d. arranca de tendencias instintivas irrenunciabiles, de pulsiones de origen muy biológico. Pero también toma pie en niveles superiores de experiencia psíquica humana, como es el amor natural, y aun en cuestiones donde tiene lugar la reflexión y la

decisión racional, como son los ámbitos de la propia obligación, misión o devoción. Ejemplos de ello son el afecto espontáneo a la propia familia [Co 62]; la confianza en los bienes materiales como seguridad ante el futuro [Co 254]; la renuncia desordenada a los propios bienes a favor de parientes [Co 54]; los desordenados deseos de aprender en estudiantes religiosos [Epp III, 507] que tienen, sin embargo, la obligación de estudiar intensamente; el amor desordenado de los padres hacia sus hijos, hasta dificultarles su vocación [Epp VII, 672; XI, 311]. Incluso el que ora devotamente puede tener deseo desordenado de lágrimas o de gracias espirituales [cf. Epp II, 236], como sabe demasiado bien S. Ignacio por su muy examinada experiencia [De 114, 119].

Este recuerdo de los ámbitos de potencial d. nos remite a una antropología ignaciana, que parece ser notablemente crítica y en modo alguno ingenua en la concepción del ser humano; pero que es profunda y cristianamente optimista en el convencimiento de que es posible tender a ese o. que Dios quiere y que plenifica al ser humano. El ejercitante, seguidor de un Cristo que está en camino (cf. [Ej 112, 116, 192, 202, 301, 318]), es concebido siempre en devenir, en proceso de esfuerzo y de don, continuamente invitado a salir de sí [Ej 189] en el seguimiento de Cristo, para así ir "de bien en mejor subiendo" [Ej 315]. Ignacio sabe que, en muchos sentidos, se puede vivir en abnegación de sí, en recta intención del servicio de Dios, sin afectaciones desordenadas, con discreta caridad, con amor ordenado a Dios, a las personas y a las cosas, y en mucha medida, se puede hallar a Dios en todo. La persona que se encuentra en camino y en tensión de creci-

miento, alcanza sus metas y goza de ellas; empezar el camino de "ordenarse" es ya empezar a disfrutar el o. en que el Señor se comunica.

3. *Un camino para ordenar la vida.* El o., que es "ordenamiento" universal y "ordenación divina" [Ej 234], pide en cada hombre y en cada mujer la colaboración que últimamente es la obediencia de la fe, en alabanza, reverencia y servicio [Ej 23]. Pero, como vemos, el d. acaba siempre, y la persona debe colaborar a rectificar las cosas desordenadas, o a enderezar las torcidas. La invitación ignaciana no es a ordenar en cuanto establecer método, estructura, organización o "concierto" externo; la invitación es a la necesaria transformación interior, mediante movimientos contrarios al d., mediante ayudas externas que, últimamente pueden ser sobrepasadas por la acción del Espíritu Santo [Co 700], que es capaz de suplir toda instrucción o mandato de los superiores [Epp VII, 314].

Los *Ejercicios* suponen que el ser humano creado a imagen de Dios y llamado a lo más sublime, es al mismo tiempo un ser caído y dividido en sí mismo, inclinado a percibir e imaginar, a sentir y desear, a razonar y pensar, a decidir y actuar de forma desordenada; y que sólo una propuesta que proporcione un cambio verdadero del corazón humano, un cambio afectivo, puede ordenar esa vida; y los mismos *Ejercicios* ofrecen esa pedagogía afectiva, que se ofrecen con la pretensión de ayudar al ejercitante a ordenar su vida [Ej 21]; aunque no mediante una pedagogía intelectualista de indoctrinación teórica, ni proponiendo una ascesis metódica para disciplinar la voluntad. Aunque ofrecen catequesis y prescriben disciplina personal, el camino de ordenar los propios afectos se

busca mediante el intenso contacto afectivo con el Señor que amó primero al ejercitante (cf. J/n 4, 10).

El "modo y o." de esta experiencia puede ser paradigmático para toda pedagogía espiritual según la mente de Ignacio, dentro y fuera del retiro; recordemos, por lo tanto, alguna de sus propuestas para la ordenación del deseo y de la persona entera. Para empezar este camino bien dispuesto, se requiere en el ejercitante un fuerte deseo inicial, tener "grande ánimo y liberalidad para con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad" [Ej 5]. Pero muy pronto el ejercitante verá que su buena disposición primera como criatura religada no es suficiente, sino que se ve confrontada con la evidencia de su propia limitación para la indiferencia existencial, para decidir siempre hacia "lo que más conduzca", y no se sentirá realmente indiferente a salud o enfermedad, a vida larga o corta, a honra o deshonra [Ej 23]. Es decir, incluso el ejercitante más generoso sentirá pronto una fuerte tensión afectiva entre la atracción real hacia un o. y plan divino querido por él y, por otra parte, la fuerza de otros deseos naturales contrarios. Desde el inicio de los *Ejercicios* se topa, pues, con su tensión interior de autotranscendencia en la fidelidad al Dios en quien cree.

Durante la Primera Semana el proceso de ordenarse implica el trabajo previo de "vencer a sí mismo" [Ej 21.87], porque se hace patente que dos fuentes de motivación, dos polaridades interiores, están continuamente en conflicto ante la libertad del ejercitante. Ya desde la composición de lugar de esta semana el ejercitante se reconoce a sí mismo como una realidad dual, dinámica-mente bipolar, "binaria" o dividida en sí, en una tensión intrínseca con-

sigo mismo y con el entorno [Ej 47]. En el fondo del ser humano aparecen dos fuentes de deseos, dos orígenes de pulsiones y atracciones, ambas constitutivamente humanas, irrenunciables y genuinamente representativas del corazón humano dividido, del que salen tanto sus desatreglos y pecados como lo mejor de sí, pues en esa intimidad humana Dios se comunica [Ej 15] y quiere habitar [Ej 235], pero también de él salen todas las infidelidades al Creador (cf. Mt 15, 18-19; GS 10). Por lo cual en la Primera Semana se pone de manifiesto que los deseos del ejercitante no sólo son múltiples, sino dramáticamente contradictorios.

El ejercitante se procura "vencer a sí mismo" mediante exámenes, ascesis y purificación personal, aunque ese fruto propiamente es un don que se alcanza por la gracia de la reconciliación, vida afectivamente como "vergüenza y confusión" de sí mismo [Ej 48]. La revisión de su propia vida [Ej 55-61] también es fruto de la gratuidad afectiva, y se hace después de sentir el amor de Dios manifestado en Cristo crucificado [Ej 45-54], desde el cual el ejercitante se mira a sí mismo con realismo pacífico. La Primera Semana proporciona al ejercitante un mayor conocimiento de sí, mostrando algunos condicionamientos que inclinan al ejercitante desde dentro (el desorden de las operaciones) o que le solicitan desde fuera (el vano honor del mundo): el ejercitante no sólo rechaza la evidencia de su pecado, sino que pide abortir la raíz personal y social del mismo [Ej 63], pues se reconoce ahora con una libertad muy condicionada en el uso de sus facultades humanas, las mismas que deberían facilitar su encuentro habitual con Dios en todas las cosas,

incluso las más prosaicas o seculares [Epp IV, 127].

En Segunda Semana el ejercitante pasa del "vencer a sí mismo" a disponer libre y generosamente de esa vida nuevamente entendida como don [Ej 61] ordenándola en el seguimiento de Jesús, cuya vida y persona contempla, conoce, ama y sigue. Se produce una fuerte identificación con este nuevo Señor de su vida en el ejercicio del Rey eterno [Ej 91-100] y en la contemplación de los misterios de la vida de Jesús [Ej 101ss]. De este modo, la antigua actividad conflictiva, reflejo de la lucha de impulsos interiores, es ordenada progresivamente desde fuera de sí, más por la atracción de la persona de Jesús (el "imitaros" de [Ej 98]) más que por el compromiso con una tarea por muy generosa que sea (el "trabajo" de [Ej 96]).

Aunque es muy frecuente el acercamiento tranquilo del ejercitante a los misterios de la vida de Jesús, en ocasiones se producen previsible agitaciones [Ej 6], pues resulta difícil mantenerse impassible en la contemplación de quien no ha venido a traer paz, sino espada (Mt 10, 34); el deseo no se ordena genéricamente; y tampoco se ordena genéricamente, sino en concreto, pues "quien poco determina, poco entiende y menos ayuda" [Epp I, 108]. Ordenar la vida es pasar de la sensibilidad afectiva experimentada en la consolación sensible al amor concreto y ejercitado de la caridad; es optar en lo cotidiano de todas las cosas posibles [Co 288] guiado por un solo polo de atracción hacia el que confluyen los múltiples deseos iniciales del ejercitante.

En todo este recorrido no basta la buena voluntad generosa para ordenar el deseo, sino que se re-

quiere lucidez evangélica y libertad afectiva. Por eso en la meditación de Dos Banderas el ejercitante pide "conocimiento de la vida verdadera" de Jesús junto con el "conocimiento de los engaños" de las falsas apariencias [Ej 136-148]; en los Binarios el ejercitante se mide con los atractivos concretos de su presente que le quitan libertad de elección [Ej 149-157], pues este apego afectivo puede equivocar a la inteligencia más preclara. La situación prototípica en este momento de elección es la afección desordenada, que es a la vez un apego afectivo y una valoración intelectual respecto a algo bueno que impide otra cosa mejor. Vemos de nuevo que, según Ignacio de Loyola, el mayor impedimento para el seguimiento de Cristo está dentro del propio sujeto, en sus deseos latentes de ser valorado y estimado, aunque ahora sea como santo o como apóstol, y ya no como caballero mundano [Epp I, 103ss; Au 32]. Por eso el buen ejercitante, al final de la Segunda Semana deseará fervientemente salir del "propio amor, querer e interés" [Ej 189] que se manifiesta en sus múltiples deseos, para seguir polarizado por sólo uno, el del seguimiento de un Jesús cada vez más conocido y amado.

Y este seguimiento de Jesús hasta su misterio pascual (muerte y resurrección) consolida el cambio de dirección, la ordenación de los afectos y de la sensibilidad del ejercitante. En Tercera Semana quiere "considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza a doler, tristar y llorar" [Ej 195]. Vemos que en todo este proceso de ordenación (incluida la Tercera Semana) no predomina la lucha contra los afectos o deseos

naturales, ni represión de la pulsionalidad natural; sino que se procura la integración de esos deseos, que se ven polarizados por la fuerza mayor de una atracción superior. De modo que en la Cuarta Semana será la alegría de Jesús resucitado la que le llenará de consolación [Ej 221], y se consolidará una relación personal con el Señor que en la fe es real y actual, aunque mantiene sin embargo la tensión escatológica del ejercitante que, ya redimido, se sabe frágil como *homo lapsus* y caído que es.

Los Ejercicios terminan con la invitación a reconocer en todo, la acción y presencia del Padre creador, actitud plenamente ordenada que le es posible a quien ha hecho todo el recorrido. Ya nada hay profano para quien ama y se siente amado; en todas las cosas hay una invitación a la comunión con Dios, sea en la actividad como en la misteriosa pasividad, y tanto mediante el uso como por la renuncia de las cosas [Ej 23]. El ejercitante, como Ignacio mismo, podrá vivir en adelante "siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios" [Au 99]. Y así, la CAA resulta más bien efecto que pedagogía para ordenar el deseo; pues es la oración del que poniendo el amor más en las obras que en las palabras, y sabiéndose desasido de todo, recibe todas las cosas como don de un Dios "que desea dárseme en cuanto puede" [Ej 234]; y por eso todas las cosas, situaciones biográficas o sociales, relaciones y personas, las entiende, usa y ama en Aquel de quien las recibe, contemplándolas como iconos transparentes de su creador y ya no como ídolos en los que proyectarse y manipular. Y así, "enterramente reconociendo", quiere devolver ya no cosas, sino su persona entera y para

siempre a su Dios: "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad..." [Ej 234].

Luis M^o GARCÍA DOMÍNGUEZ, SJ

↗ *Afección desordenada, Afecto, Deseo, Discernimiento, Intención, Modo y orden, Operación, Pecado, Primera Semana, Reglas "ordenarse en el comer", Sapiencia, Venir a sí mismo.*

Bibl.: BOJORQUE, H., "Desorden de mis operaciones" [EE. 63] y "primer modo de orar" [EE. 238-248] *Man* 68 (1996) 249-259; CALVERAS, J., *La oración preparatoria en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Vizcaina, Bilbao 1926, 20-22; Id., "Tecnismos explanados", *Man* 2 (1926) 119-132, 201-215, 322-332; Id., "Ordenación

del amor y los demás sentimientos en los Ejercicios", *Man* 32 (1960) 243-262; DOMÍNGUEZ, C., "Ordenación de la actividad y mecanismos de defensa", en *Psicología I*, 109-140; GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., "Qué son las afecciones desordenadas para Ignacio y cómo leerlas hoy desde la psicología", en *Psicología I*, 94-108; Id., *Las afecciones desordenadas. Infruto del subconsciente en la vida espiritual*, M-ST, Bilbao-logía I, 109-140; GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., "Que son las afecciones desordenadas para Ignacio y cómo leerlas hoy desde la psicología", en *Psicología I*, 94-108; Id., *Las afecciones desordenadas. Infruto del subconsciente en la vida espiritual*, M-ST, Bilbao-logía I, 109-140; GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., "Ejercicios espirituales y psicología: la altura, la anchura y la profundidad" (Ef 3, 18)", *CIS* 70 (1992) 11-72; IBAÑACURRE, I., "Ordenar", en *Vocabulario de Ejercicios Espirituales. Ensayo de hermenéutica ignaciana*, CIS, Roma 1972, 157-163.